

De la casita de madera a la casita del ensueño ¹

From the little wooden house of dreams

Janeth Ospina Botero²

Docente Asesora

Elizabeth Torres

Universidad de San Buenaventura

Facultad de Psicología

Santiago de Cali

2015

¹ Trabajo de grado para optar a título de psicóloga, vinculado al proyecto de investigación del Grupo Estéticas Urbanas y Socialidades, - GEUS - “Memorias, identidades y poblamiento en el Distrito de Agua Blanca, Desplazados y territorialidad en Cali”, Colombia, ejecutado por la Universidad de San Buenaventura Cali en el marco del macroproyecto Prevención de riesgos asociados a los desplazamientos de población. Definir modelos de acción educativa, promovido y coordinado por el Centro Coordinador de Investigaciones de la Federación Internacional de Universidades Católicas. El proyecto se ejecuta en convenio con la ONG local Fundación Paz y Bien ubicada en el Distrito de Aguablanca, Cali, Valle del Cauca, Colombia (2012 – 2015).

² Estudiante de Psicología, Universidad de San Buenaventura - Cali

RESUMEN

El presente artículo recoge una investigación que permitió analizar la manera como los niños afrodescendientes, hijos de familias que han vivido el desplazamiento, a través del juego de “la casita”, logran escenificar y elaborar el encuentro que acontece entre la cultura hogareña y la cultura de la sociedad, - de “acogida”. En este documento se presenta una experiencia de intervención que integra diferentes modalidades lúdicas alrededor de la recreación del juego simbólico de “la casita”; a través de este se ofrecieron escenarios en los que se recreó el encuentro entre la cultura hogareña y la cultura de la sociedad, reconociendo los conflictos que los niños iban enfrentando y las respuestas que entre ellos, y en ocasiones, de la mano de los adultos jugadores fueron construyendo. **La metodología** corresponde a un estudio descriptivo de corte cualitativo, **el diseño** se caracteriza como un estudio de caso, **los resultados** de la investigación permitieron reconocer en el encuentro entre culturas los recursos de los niños para enfrentar el conflicto, tejer la memoria de su cultura a su presente y transformar su cotidianidad. Es esta una ruta que permite comprender la naturaleza del encuentro que acontece entre las culturas que el desplazamiento reúne, e ilumina el papel de la psicología al lado de la comunidad como constructoras de puentes para que acontezca un encuentro que ayude a celebrar la diferencia y haga del conflicto una oportunidad.

Palabras claves: Juego simbólico, cultura hogareña, cultura de la sociedad, desplazamiento.

ABSTRACT

This article describes an investigation that allowed characterizing the encounter between the home culture and the culture of society through a proposed symbolic games on a foundation that works with children of families who have lived displacement. In this documents appear an experience of intervention that integrates different ludic modalities around the recreation of a symbolic game called "The little house"; through this game is offered scenarios that makes an encounter between the home culture and the culture of society recognizing conflicts that children were facing and responses between them

and occasionally from the hand of adult players was constructed. **The methodology** corresponds to a descriptive qualitative study. **The design** is characterized as a case study and **the results** of the investigation allowed us to recognize in the encounter between the cultures, the resources for children to face the conflict, knitting memory of their culture to their present and transform your everyday life. This is a route to understanding the nature of the meeting , that happens between cultures that the displacement reunites, and illuminates the role of psychology alongside community as bridge builders to happen an encounter that helps to celebrate difference and make the conflict a chance.

Keywords: symbolic play, home culture, society culture, displacement.

INTRODUCCION

El fenómeno del desplazamiento ha sido el objeto de investigación de varias disciplinas, sobre todo en aquellos países que sufren el flagelo de la violencia. Colombia por ejemplo en el reporte del 2013 por parte de la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento – CODHES, señaló que la cifra de víctimas se estima que son de 5. 905.996 que se cuenta desde 1985, convirtiéndolo en el segundo país con mayor desplazamiento por el conflicto y la violencia (CODHES, 2013).

Las causas de la movilización de las personas que viven en zonas rurales corresponden a hostigamientos, amenazas, asesinatos o reclutamiento de los hijos. Las personas son obligadas a abandonar sus parcelas y dirigirse a las medianas y grandes ciudades que se convierten en un mundo desconocido. Es así como el desplazamiento se presenta como: “una ruptura entre el pasado en el pueblo y presente en la ciudad” (Bello, 2000; p. 114).

Ante esta situación, en algunos casos será inminente para estas personas reacomodar su estilo de vida. Para no entrar en conflicto, muchos pueden decidir readaptar sus prácticas a nuevos hábitos, institucionalizarse de acuerdo a las normas

que dictan los lugares de alojamiento, es así como pueden quedar expuestos a la segregación y exclusión de aquellos que los señalan como “extraños”. Sin embargo, tendríamos que preguntarnos por aquellas prácticas que permanecen a pesar de los conflictos que puedan surgir dentro de los lugares de acogida y que siguen presentes en la cotidianidad de las personas que han vivido el desplazamiento.

En cuanto a la relación con el encuentro entre diferentes culturas fruto de las migraciones, Greenfield & Suzuki (1998) en sus investigaciones conjuntas han categorizado y definido dos tipos de culturas: “cultura hogareña y cultura de la sociedad” (p.1), de la primera señala que proviene de la familia; y la segunda, hace referencia a la de su entorno; en muchas ocasiones difieren una de la otra. Bajo las circunstancias que pueden generar conflictos en las relaciones entre dos o más culturas, se generan reacomodaciones de valores, prácticas y modos de relación, Greenfield (1999) dirá en sus proposiciones que la cultura en ese sentido cambia históricamente, como una forma de preparar a las nuevas generaciones para los avatares que debe enfrentar en su realidad presente o futura. Las autoras ofrecen la definición de marcos culturales diferenciados de acuerdo a las metas de desarrollo, estos son a su vez marcos interpretativos que nos permiten comprender las razones que están a la base de las diferencias culturales “El marco de independencia es parte de un modelo filosófico y social llamado individualismo....el marco de interdependencia es parte de un modelo filosófico y social llamado colectivismo” (Greenfield & Suzuki, 1998; p. 3)

No es extraño entonces, que prácticas que en otros tiempos han permitido a algunos pueblos enfrentar las vicisitudes de la vida como por ejemplo la muerte, se hayan debilitado, en ocasión de lo anterior, es factible encontrar en investigaciones como las de Chuchumbé & Vargas, (2008) donde mencionan que los síntomas presentados por algunas personas y que trae dificultades a la hora de la elaboración del duelo, están relacionados con la pérdida del sentido del colectivo, el cooperativismo y por ende la destrucción del tejido social; en tal caso, los códigos y símbolos de su identidad fueron reducidos a su mínima expresión; porque debían darle prioridad a la supervivencia.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Durante y después de la diáspora específicamente los niños y jóvenes pueden ver afectado su desarrollo a nivel físico y psicológico, al respecto se ha dicho que: “El desplazamiento forzado trastorna el desarrollo de los niños, niñas y jóvenes porque la mayoría de ellos han vivenciado experiencias de homicidios, delitos, despojos, violaciones que generan traumas psicológicos y físicos” (González & Moreno, 2012; p. 125). Muchos son silenciados por los padres, según ellos: “para no ser objeto de señalamientos ni amenazas” (Bello, 2000; p. 115) y al llegar a las ciudades sufren otro tipo de violencia, de tipo urbana.

Gracias al trabajo de, Bello, Mantilla, Mosquera, & Camelo, (2000) se pudo conocer que pensaban los niños que habían sufrido el desplazamiento, como vivieron la magnitud de la pérdida, sus travesías, como los recibieron en las ciudades receptoras, los cambios que tuvieron que implementar y también como llegaron a significar todo lo vivido.

Otro problema muy marcado que pocos investigadores han considerado son los efectos que el desarraigo trajo a las prácticas, valores y modos de relación en la población infantil, en ese caso, son las mismas personas desplazadas las que han tenido que abrirse brecha en la recuperación de la memoria histórica, en la conservación de su patrimonio y en la sostenibilidad de sus prácticas que aportan a su identidad cultural; en Colombia se encuentran comunidades como las del Monte María, la cual a través del Colectivo de comunicaciones del monte de María, y el Museo itinerante de la memoria (MIM) han logrado transformar su realidad y en alguna medida repararse como víctimas del conflicto. El colectivo se reúne con la población que pertenece a siete municipios participantes del proyecto “*Memoria, Territorio y Comunicación*” los cuales a través de sus narraciones contribuyen al desarrollo de los tres ejes temáticos: la memoria, el territorio y cultura (Montemaría audiovisual & Colectivo de comunicaciones montes de María. Línea 21, 2012). En concordancia con lo anterior esta el proceso de fortalecimiento de la convivencia comunitaria de la vereda de Sabaletas, el que consistió en ayudar a reconstruir la memoria histórica a través de la fotografía, el proyecto se llamó “*Identidad, Memoria e Imágenes*” y convocó a la participación de la comunidad (Duque & Gordon, 2012).

De la casita de madera a la casita del ensueño

En ese mismo sentido, se han hecho producciones que acompañan el proceso de reparación de las personas que fueron víctimas cediéndoles la palabra; de esta manera se puede visibilizar no sólo la forma como fueron victimizados sino toda la experiencia y riqueza cultural que tienen. Una producción es *Pequeña Voces*, (2010), documental que narra la experiencia del conflicto a partir de las voces de niños que han vivido la violencia en carne propia, su contenido animado se forma con las representaciones que ellos hacen del fenómeno.

Por otra parte en la ciudad de Cali, la Universidad del Valle, desde el Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados en Psicología, Cognición y Cultura, y con el apoyo de la fundación Antonio Restrepo Barco realiza una propuesta de intervención donde a partir del reconocimiento de las prácticas culturales, se proponen alternativas de solución a problemáticas observadas en hogares comunitarios o jardines infantiles donde permanecen los niños mientras sus padres trabajan. Aunque la propuesta está enfocada al desarrollo de las habilidades de tipo cognitivo a partir de sus prácticas, aplicados a fines educativos, sirve como mediación para el rescate de la identidad cultural en esta población (Orozco, Ochoa, & Sanchez, 1996).

Finalmente, se han encontrado muchos estudios que se refieren a los niños que han sido partícipes de la violencia como desplazados de sus regiones o como víctimas al igual que a sus padres, y muy pocas veces se refieren a los niños que nacieron en la ciudad como hijos de personas que fueron desplazadas. Otro es el panorama de estos niños cuando se indaga sobre su vida en la ciudad, cuando muchos de sus valores por no decir todos son producto del encuentro entre la cultura hogareña y la cultura de la sociedad.

REFERENCIAS CONCEPTUALES

Compete entonces entender el fenómeno catalogado como desplazamiento en Colombia y porque éste afecta particularmente a las prácticas culturales de las personas pertenecientes a la etnia afrodescendiente.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Para efectos de reconocimiento de los derechos jurídicos de las personas que por causa de la violencia han tenido que movilizarse de su territorio, el Estado colombiano ha cambiado el concepto de desplazado por el de víctima. Es desplazado según la ley 387 de 1997 toda persona que tuvo que migrar de su territorio por cualquier evento causado por la violencia en el cual estuviese en riesgo la integridad física y emocional de la o las personas, en el caso del concepto de víctima que hace alusión recientemente la Ley 1448 del 2011 se reconoce que es aquella que ha sufrido algún tipo de daño, en el origen de la violación de los derechos humanos después del año 1985 por el conflicto armado.

En la perspectiva de este trabajo se asume que ser desplazado o víctima no es una condición de los sujetos, sino que son experiencias vividas, en ese sentido no se debe caer en el error de rotular a las personas que han padecido tal situación. Si pasara, serían re-victimizados y no se reconocería los recursos que el medio les proporciona para resignificar su historia de vida, la tarea entonces consiste en descubrir cuáles son los recursos con los que cuenta cada sujeto que le permiten superar la adversidad, de esta manera se propician nuevas oportunidades y soluciones creativas para que los sujetos victimizados saquen a flote su capacidad resiliente siendo propositivos dentro de un nuevo entorno social.

Colmenares (2002) y Castillo (2005), se refieren a la personas que tuvieron que ser desplazadas, como sujetos jurídicos, víctimas en unos referentes sociales y culturales comunes; aunque no pueden ser catalogados como una clase homogénea, sino como personas que han vivido experiencias anormales a su estilo de vida habitual, las personas desplazadas no deben ser desprendidos de su condición de ciudadanos, por el contrario se les debe reconocer como sujetos agentes. Comprender esto es importante porque como Estado y como cultura urbana podemos contribuir a que estas personas de nuevo encuentren el sentido a sus vidas, asumiendo sus sueños y su memoria.

La pérdida del territorio figura entre otras cosas como la experiencia más dolorosa que ha dejado el desplazamiento, el sentirse desarraigado es sentir que no se pertenece a ningún lugar, el territorio es más que un espacio delimitado

De la casita de madera a la casita del ensueño

geográficamente, es un espacio social y cultural donde habitan aquellos que conforman un colectivo, que alrededor de esto elaboran formas de relacionarse, crean redes de apoyo y de solidaridad, es donde se trabaja, se juega, se sueña, se emprenden proyectos de vida, se está en comunidad y se da lugar a la memoria cultural, todos estos elementos dan color a la vida de los sujetos y participan en la construcción de su identidad.

La casa por otro lado, también es pues fundamental, mientras el territorio es un espacio común, la casa es un espacio propio donde se habita en familia, da lugar a la cultura hogareña, que esta permeada por la cultura de la sociedad, ésta dictamina las normas, las formas de comportarse y por ende las formas de ser.

Para entender el significativo casa en profundidad, hay que verla como un fenómeno cultural, no es sólo una estructura u objeto geográfico, sino que casi siempre está precedida por un ceremonial religioso, esta celebración la vincula a un entorno social. Su construcción equivale a la recolección de los materiales tangibles e intangibles necesarios que exige la cultura para su habituación, es decir; que según el medio donde se pretende vivir y su cultura, la casa debe cumplir con sus recomendaciones (Rapoport, 1969).

Lo anterior concuerda con lo que manifiesta Bachelard, (2000) cuando dice que la casa trasciende de lo humano al convertirse en un espacio de consuelo e intimidad, un espacio para el campo del onirismo, donde no cabe lo racional, la casa es el rincón del mundo donde nos construimos, donde habitamos, constituye nuestro universo y cosmos, Gastón Bachelard refiere podremos habitar otras casas, pero la imaginación nos llevará por los caminos del recuerdo de nuestras primeras moradas y volveremos al momento de la infancia, al ensueño. “En esas condiciones, si nos preguntaran cuál es el beneficio más precioso de la casa, diríamos: la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz” (Bachelard., 2000; p.60). En ese sentido, apenas si se elucida lo que el desarraigo trae consigo, no es sólo la pérdida de una propiedad o un territorio, es el depojo del ensueño.

De la casita de madera a la casita del ensueño

No por nada podría decirse que la casa también es una metáfora de la madre. En sentido literal, la madre, es el primer lugar donde habitamos, su vientre brindó un espacio para la intimidad, el bienestar y seguridad por cierto tiempo; en sentido figurado, la casa alberga todos esos primeros sentimientos, éstos se mantienen porque que allí son proporcionados. Winnicott, (1971) refirió que estos sentimientos se tejen en la relación con la madre, el niño y la madre seguirán siendo una misma entidad aún después del alumbramiento, por lo menos en la mente del niño. Dado que la madre sigue siendo la fuente que responde a las necesidades del niño, la separación del pecho materno será traumático sin la introducción de un objeto que consuele la reciente pérdida, Winnicott dice que a medida que se va dando la separación el niño va incorporando algún objeto material o inmaterial que sirva de *fenómeno transicional*.

Hay que aclarar que para cierto tipo de culturas, sobre todo las que provienen de áreas rurales, la representación de la madre no es de un solo individuo, recae sobre la sociedad o el colectivo, la comunidad es la voz de la madre, ésta puede llegar a consolar pero también a disciplinar (Tenorio, 2000).

Los juegos que cada cultura ha creado y hereda a las nuevas generaciones a través de la tradición, harían las veces de objetos transicionales.

La cultura se expresa a través de los símbolos y códigos que operan dentro de ella, es transmitida a los niños a través del lenguaje, de voz en voz por los diferentes relatos, canciones o juegos, estos elementos en un momento dado podrían hacer las veces de recursos resilientes que permitieran reelaborar las experiencias traumáticas, hay que considerar que los sujetos a lo largo de su vida recogen e integran acontecimientos y vivencias que le dan sentido a su vida, es a través de su cultura y la manera como se apropian de la misma que los sujetos significan su recorrido por el mundo, muchas de estas experiencias se figuran en el juego (Villalobos, 2009).

De este modo, el juego hace parte de todas las culturas, este contribuye al desarrollo físico, emocional y social de los niños. Graciela Montes refiere que el juego posibilita nuevas experiencias; Villalobos, (2009) dice que el juego sitúa a los sujetos en una vida social. En ese sentido, entiendo que la riqueza de los juegos se dan cuando

se genera un intercambio, es decir, sí dejamos que nos construya como sujetos, él se dejará construir (Montes, 2001). Esta autora también propone que el juego debe ser una conquista del espacio propio o poético, un descubrimiento del ser a través de la conquista de un enigma (Montes, 2000). Esa construcción solo se hace posible cuando el jugador se incorpora en el universo del juego, cuando ejecuta un acto, entrar en ese universo permite al sujeto dictaminar un nuevo orden, reinventar de muchas formas posibles el juego, dominarlo, pero sobre todo “definirse a sí mismo, dar un sentido a su existencia” (Colmenares, 1999; p. 210).

En ese sentido, resulta útil para el jugador del juego simbólico que se le permita apropiarse del juego con tiempo límite, acordando entre todos los jugadores las consignas mientras dure el acto de jugar. El juego una vez es creado y luego ejecutado por los niños, trasciende sus límites y llega a transformar también la realidad, a crear nuevas significaciones. Villalobos, (2009) refiere que el niño no expresa de manera abierta sus sentimientos, él los metaforiza en el juego, he allí la importancia del adulto como jugador que debe ser sensible a las representaciones del niño en su rol de jugador, pues además de emerger sus sentimientos, lo hace también su cultura. Colmenares, (1999) señala que el niño simboliza sus vivencias y lo que para él representan, sin embargo de esta manera es que puede distanciarse de su realidad y elaborarla dice María Eugenia Villalobos. A la luz de esta afirmación se propuso el ejercicio que es la fuente del presente estudio de caso.

Por su parte la cultura afrodescendiente fue un importante referente, pues a ella pertenece la población que participó en esta investigación y la riqueza de esta cultura nutrió y dio sentido a las intervenciones realizadas. Desde sus orígenes en América los afrodescendientes nos han regalado, su sabiduría ancestral en oficios como la “minería, herrería, orfebrería, agricultura, ganadería, albañilería, artes culinarias, médicas, mágicas, crianza de niños, cerámica, pintura, tejidos, cestería, talla en madera, marfil, hueso, construcción de embarcaciones, etcétera” (Múnera, 2010; p. 298), y no solo se tiene el legado en estos oficios, sino que también existe su aporte a la danza, la música, las artes, el canto y las raíces del mestizaje. Es todo ese carácter creador del cual necesitaba apropiarse el conquistador para colonizar la tierra a la cual había “descubierto” (ese término es relativo dado que cuando ellos llegaron a América los

indígenas ya la habitaban). El africano no sólo fue sacado de forma forzosa de su tierra, sino que también fue separado de su familia, ya estando aquí se le prohibió realizar sus prácticas culturales y religiosas, no se le permitía hablar en su lengua, ni reproducirse.

Sin embargo, como señala Manuel Zapata citado por Múnera, (2010) “Puede afirmarse en forma categórica que ningún otro pueblo en la historia de la humanidad ha estado sometido a violencias tan expoliadoras, en forma masiva, generacional, y por tantos siglos, y que haya respondido con mayor creatividad a la opresión” (P. 299). La diáspora no fue impedimento para subsistir como cultura, los afrodescendientes se las arreglaron a pesar del viento en contra para que sus raíces africanas permanecieran, tanto así que muchas de sus prácticas dieron origen al folklor colombiano.

Aunque su cultura no es pura sino que con los años y debido a las migraciones se ha amalgamado con otras culturas, si se evidenciaron sus raíces y la manera como estas se transmiten de generación en generación a través de la introyección de cantos, juegos y celebraciones que llevan en sus letras y representaciones su historia, su memoria, sus valores y el sentido de la existencia como pueblo.

Dado a las diferencias entre la cultura urbana y la rural es que se genera un choque cultural, el desplazamiento dice Chuchumbé & Vargas (2008) convierte a las personas desplazadas en seres liminales por haber tenido que transformar su cultura, renunciando a sus costumbres ancestrales para adaptarse a un nuevo mundo. Sin embargo, nos interrogamos esto sucede realmente.

De esta manera y para ejecutar la presente investigación se eligió un grupo de niños afrodescendientes hijos de personas desplazadas que residen en la localidad del Distrito de Aguablanca, los niños hijos de familias en situación de desplazamiento asisten a una casa que pertenece a la fundación, en este espacio se encuentran con otros niños de la comunidad cuyas familias no han vivido el desplazamiento. Los familiares de estos niños son acompañados por la Fundación Paz y Bien para llevar a cabo el proceso de reestablecimiento de sus derechos. En un principio se realizó una intervención basada en el juego, que partió de la propuesta espontánea de los niños,

De la casita de madera a la casita del ensueño

ellos propusieron jugar a la casita y yo como jugadora, integré elementos propios a la cultura afrodescendiente. En este escenario lúdico se realizó la lectura de las prácticas culturales que los niños recreaban y la manera como entraban en diálogo o choque con las prácticas culturales de las prácticas de la cultura de la sociedad.

Es así como surge la pregunta de esta investigación, que recoge anteriores inquietudes sobre ¿cómo se establece la cultura hogareña al llegar a la cultura de la sociedad?, ¿qué prácticas y valores se modifican de estas culturas?, ¿qué se mantiene?, ¿qué choques surgen al encuentro de las cultura hogareña y sociedad?, ¿cómo resuelven los conflictos que surge en ese encuentro?, ¿qué recursos salen a flote para la elaboración del encuentro?, ¿Qué papel puede jugar el psicólogo en ese encuentro?, y finalmente, ¿Qué papel juega la comunidad?

Ante esto la pregunta que se establece definitivamente es:

¿De qué manera niños afro descendientes hijos de familias que han vivido el desplazamiento, a través del juego de “*la casita*”, logran escenificar y elaborar el encuentro entre la cultura de la sociedad y la cultura hogareña?,

OBJETIVO GENERAL

- Analizar la manera como niños afro descendientes hijos de familias que han vivido el desplazamiento, a través del juego de “*la casita*” logran escenificar y elaborar el encuentro entre la cultura de la sociedad y la cultura hogareña.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Reconocer en el juego simbólico de “*La casita*” propuesto por los niños, el encuentro que acontece entre las prácticas de la cultura hogareña y la cultura de la sociedad.
- Comprender el rol del adulto jugador como mediador entre las prácticas culturales de la cultura hogareña y la cultura de la sociedad.

- Identificar el encuentro entre las prácticas hogareñas y las prácticas culturales de la cultura de la sociedad en el contexto de una celebración en comunidad.

METODO

Tipo de estudio

Esta investigación es un *estudio de carácter descriptivo* debido a la profundidad y el propósito general que tuvo el mismo, por el tratamiento de los datos, tiene un *corte cualitativo* pues se hizo un análisis categorial de los datos recogidos durante la intervención como estudio de caso a través del juego simbólico “La Casita”. En relación al tiempo, se dice que es un *estudio transversal* dado que solo se hizo una toma de datos en un periodo el tiempo limitado. El diseño, corresponde a un *estudio de caso* en tanto que se intentó conocer en profundidad una variable.

Los sujetos participantes.

Es una muestra no probabilística conformada por un grupo de niños que cumplen con los siguientes criterios:

- Niños Afrodescendientes entre los 7 y 9 años, hijos de familias en situación de desplazamiento que asisten de manera regular a la Fundación Paz y Bien
- Niños entre los 7 y 9 años, que asisten a la Fundación Paz y Bien cuyas familias no han vivido el desplazamiento y viven en sectores aledaños.
- Personas Afrodescendientes de la tercera edad que han vivido el desplazamiento y asisten a la Fundación Paz y Bien a la Fundación Paz y Bien.

Instrumentos

La observación participante y no participante: fueron herramientas que sirvieron para la recolección de la información a través del juego simbólico “La Casita” con la participación de un grupo de niños en edades que oscilan entre 10 y 15, hijos de familias en situación de desplazamiento, ya que el estudio de caso está basado en la información que se recoge a través de dicho juego, el cual giró alrededor de las

categorías de análisis y de la observación participante. El resultado del estudio fue sometido a análisis de contenido en función de las categorías, de observaciones participantes y no participantes.

Entrevista semi - estructurada: para caracterizar el personaje de comadre fue necesario hacer entrevistas a cuatro mujeres adultas mayores que brindaron información acerca de sus prácticas y valores de los lugares de origen.

Procedimiento

Esta investigación fue llevada a cabo en cuatro fases que consistieron en: entrevistas, diagnóstico, intervención y análisis de los resultados.

- Primera fase: se realizaron entrevistas a cuatro mujeres afrodescendientes provenientes de diferentes lugares del pacífico colombiano, estas entrevistas fueron necesarias para recoger la información que dio lugar a la caracterización del personaje de la comadre, que enriqueció las intervenciones a partir de las prácticas tradicionales de su cultura.
- Segunda fase: se inicia el trabajo de campo con la fase del diagnóstico, durante cuatro días se hace observación de las interacciones y prácticas de los niños en el lugar de reunión.
- Tercera fase: después de haber observado los niños y tratar de comprender sus dinámicas y prácticas se inicia la fase de intervención a partir de la propuesta del juego espontáneo “La casita”, allí aparece la dramatización del personaje de la comadre, que introduce el adulto como jugador y como facilitador del encuentro entre los niños y los adultos mayores.
- Cuarta fase: consistió en la organización, análisis y discusión de los resultados obtenidos.

Categorías de análisis:

1. El juego simbólico como experiencia del encuentro entre las prácticas de la cultura hogareña y la cultura de la sociedad: esta primera categoría básicamente se centra en la forma natural como nace el juego simbólico la casita, y cómo allí se posibilita un espacio para representar el encuentro de diferentes prácticas culturales.

2. El adulto jugador como mediador entre las prácticas culturales de la cultura hogareña y la cultura de la sociedad: en esta segunda categoría, se hace relevante describir el papel que juega el psicólogo en la preservación y enriquecimiento del juego a través del tiempo, también en esta categoría se presenta la manera como el adulto asume un rol simbólico, en este caso "La Comadre" quién comparte con los niños su saber alrededor de las celebraciones navideñas, específicamente la *Adoración al niño Dios*³.
3. La celebración en comunidad como experiencia de encuentro entre las prácticas hogareñas y las prácticas culturales de la sociedad: finalmente la tercera categoría presenta como se desplegó la integración entre los niños y la comunidad a través de la celebración de la Adoración al niño Dios, la cual se celebró inicialmente dentro de la casita recuperando la práctica tradicional de los pueblos afrodescendientes caucanos, para terminar en la integración del grupo de personas mayores que asisten a la fundación.

³ Son una herencia africana que se celebra en algunas regiones de Colombia con población afrodescendiente. Heliana Portes de Roux explica que en el norte del Cauca la adoración al niño Dios, que ellos llaman *Adoraciones* se realiza en los meses de febrero o marzo, estas Adoraciones son organizadas por mujeres mayores que son de gran reconocimiento en la comunidad, conocidas como *las dueñas o síndicas* la celebración inicia el viernes en la casa de una de ellas, cuando "en plena reunión ocurre un apagón que es aprovechado para "robarse" al niño"(p.55), se conforman grupos que van de casa en casa buscándolo, allí aprovechan e ingieren aguardiente y charlan con la anfitriona, así se van hasta el amanecer. El sábado aparece el niño Dios, entonces se da comienzo a la procesión, ésta es acompañada por una caravana de niños que interpretan personajes como reyes, princesas, padrinos, pastoras, la Virgen, San José, gitanos, soldados, "indios", el ángel de las nubes y le sigue toda la gente de la comunidad hasta llegar al pesebre. Hay música, pólvora, antorchas, cuando llegan al pesebre habla la virgen, después San José y los padrinos, y así sucesivamente cada personaje va recitando, en el intermedio entre uno y otro cantan jugas y bailan al son de ellas (Portes de Roux, 2009).

Tabla 1: Indicadores:

<p>I. Categoría</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Estar con otros versus estar sola • Hospitalidad versus propiedad • Roles de género versus roles que trascienden la diferencia sexual • Ocuparse de sí versus depender del adulto cuando se es un niño pequeño • Papel de la música en los espacios sociales
<p>II. Categoría</p>	<ul style="list-style-type: none"> • El rol de la comadre • Adoraciones al niño Dios • Robarse el niño versus esperar su llegada • Invitados que asumen las funciones de los anfitriones versus anfitriones que se diferencian de su sinvitados. • Invitación de la cocina para adentro versus invitación de la cocina para afuera • La anfitriona que impone un orden versus la anfitriona que construye un orden con los invitados. • La comida del colectivo versus la porción individual
<p>III. Categoría</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Todos cantan, todos bailan • El encuentro armonioso de Villancicos, jugas, alabaos y bundes. Yo te doy mis cantos y recibo los tuyos.

ANÁLISIS DE RESULTADOS

EL JUEGO SIMBÓLICO COMO EXPERIENCIA DEL ENCUENTRO ENTRE LAS PRÁCTICAS DE LA CULTURA HOGAREÑA Y LA CULTURA DE LA SOCIEDAD.

La casa del ensueño.

Para la comprensión de este estudio de caso, es importante relatar como el juego simbólico de “La Casita” nace como un juego espontáneo que se da entre algunos niños - hijos de familias en situación desplazamiento, pero también como a su vez éste se va transformando en una propuesta de intervención. El juego “La Casita” al momento de ser jugada arroja algunas evidencias de cómo los niños han configurado la experiencia del desplazamiento, las dificultades que surgen por el choque entre culturas debido al despliegue de sus prácticas dentro de las ciudades receptoras y los recursos a los que acuden para enfrentar dicho desencuentro.

De acuerdo con lo anterior, y para dar inicio al presente análisis resulta necesario comprender el sentido que los niños atribuyen a la casita de su juego, como la subjetivan y cuál es su papel en la adaptación al lugar de “acogida”, y como todo esto se recrea a través del juego espontáneo. Entonces encontramos que la casa es fenómeno cultural, es símbolo de territorialidad, es sueño. Pero, ¿por qué jugar a la casita?. Tal vez ¿porque la casa alberga sentimientos de protección, de tranquilidad y de paz?, ¿estos sentimientos podrían desdibujarse con el desplazamiento?.

Con respecto de las dificultades que trae consigo la guerra, Winnicott, (2008) en sus reflexiones con niños evacuados por la guerra en el Reino Unido señaló que algunos mantenían la esperanza de retornar a sus hogares y reencontrarse con sus padres, presentando dificultades de adaptación al nuevo hogar, ante esto refiere la importancia de que el hogar sea creíble en términos de la subjetividad del niño, también lo necesario que éste contenga elementos que conserven cierta familiaridad con la casa donde vivían. La casita además de espacio simbólico es experiencia de juego que

representa una posibilidad de acogida frente a la realidad del desplazamiento y escenario para el encuentro de dos modelos culturales.

El juego, como *fenómeno transicional* es una alternativa para disminuir la angustia generada por la separación del niño con el seno materno. Ya sabemos que por un periodo que se presume corto, la vida psíquica del niño logra conmocionarse (Winnicott en Realidad y juego, 1971 & en Deprivación y delincuencia 2008). El juego “La Casita” podría ofrecer elementos simbólicos que recrean la relación con lo materno. Para la población afrodescendiente, el niño no es solo de la madre, sino que pertenece a la comunidad (Tenorio, 2000). Desde esta nueva perspectiva cultural y en relación a lo señalado por Winnicott, (1971) del vínculo con lo materno, se advierte de nuevas posibilidades en relación con lo maternal, ya que no se trata de un individuo visto como madre, sino a una comunidad que la representa y que ejecuta las acciones de la misma.

Una manera como la cultura colectivista rememora el pasado y lo teje al presente es a través del juego, éste se presenta en los niños como alternativa para soportar los impases que les han brindado algunas circunstancias de la vida. Se observa en la forma como se organizan dentro de la casita, al momento de ir a dormir, cocinar, tocar los tambores y representar la fiesta de Adoración al niño Dios.

Estar con otros versus estar sola

Como es de esperarse las personas han sido desplazadas tienen que acomodarse a otro sistema de valores o creencias regidas por la cultura de la sociedad o urbana como se le conoce y así lograr su supervivencia. Sin embargo, se observa en el juego que es posible generar otro tipo de soluciones, entrando en diálogo con otras culturas y haciendo propuestas que equilibren sus relaciones.

En relación a la riqueza del juego simbólico, Villalobos, (2009) referirá que este es el “verdadero juego” el que brinda al jugador la libertad para dinamizarlo con los recursos que le ha brindado su cultura, su historia, las relaciones familiares y sociales, allí es donde el sujeto podrá resignificar y simbolizar aquello que ha vivido.

De la casita de madera a la casita del ensueño

En una ocasión dos niñas que pertenecen a la comunidad – cultura urbana - no querían dejar entrar a nadie dentro de la casita, entrando en conflicto con los niños afrodescendientes – porque estos niños que han vivido el desplazamiento quieren permanecer todos dentro de la casita. Después de un tiempo de discusión, uno de los niños, Pedro dice: “porque no la corremos hacia adelante y así todos podemos entrar”, la casita entonces se amplía para dar espacio al colectivo.

Por otro lado, un niño afrodescendiente criado dentro de un modelo colectivista, se perturba cuando debe estar por fuera de él. Del grupo que se organiza en la casita esto sería robarle el ensueño, no obstante, se infiere que un niño que solo ha sido criado dentro de un modelo individualista se le dificultará aceptar y encajar dentro de un colectivo. *Es así como una ocasión, los niños afrodescendientes se presentan a jugar a “La Casita” y convocan a sus primos y hermanos, aclaro que a la fundación asisten hermanos, primos y vecinos de los asentamientos donde viven.*

En el interior de la casita se ponen colchonetas y los niños acuestan por parejas parentales sean reales o representadas, por ejemplo, cuando se van a dormir, dos parejas de familiares se querían acostar juntos pero la niña – Martha - que tomo el liderazgo, los ubicó separados del grupo y separados de sus familiares, los niños evadiendo la instrucción volvían y se acostaban junto a sus familiares y se incluían en el colectivo.

Los niños no tienen dificultad de dormir con otros que no pertenezcan a su familia, es decir a un lado está su familiar y al otro lado puede estar un desconocido. En cuanto a Martha el liderazgo - que pertenece a la cultura de la sociedad - es directivo y busca desintegrar. Greenfield & Suzuki, (1998) mencionan que estas formas culturales de acomodación varían de cultura a cultura teniendo en cuenta factores como los valores y metas culturales relacionadas con el concepto de independencia. Que el niño sea rápidamente autónomo o no depende de la relación que instaura la madre y los otros miembros de la familia con el hijo.

Esta característica de dormir juntos tiene dos posibilidades de ser leída; por un lado, las familias son extensas y la acomodación dentro de las casas debe ser grupal para equilibrar el espacio que se torna reducido. Por el otro, con la migración de su territorio la reacomodación es en lugares estrechos y en ocasiones deben mezclarse con personas con las que comparten la misma situación. El sentirse junto a otro, este que

acompaña, que comparte el espacio y tiempo de sueño, lo tranquilizaría, lo haría sentir seguro. Es posible que este dormir en compañía sea el eco de un marco colectivista en el que la interdependencia fortalece los vínculos y por tanto se privilegia frente a la temprana autonomía del dormir en solitario, experiencia propia a un modelo individualista.

Por su parte, este tipo de comportamientos son un reflejo de *prácticas de convivencia* que se pueden ver diferenciadas en la cultura urbana y cultura rural enmarcadas en sus encuentros y desencuentros que una vez más se proyectan dentro del juego simbólico “La Casita”.

Hospitalidad versus propiedad

En la apropiación simbólica de ese espacio físico también se evidencia la diferenciación entre lo público y lo privado, ofreciendo un escenario en el que se despliega el encuentro de marcos culturales diferentes. Un día, dos niños Juan y Mateo y una niña Ester estuvieron jugando a la cocinita.

Ellos tiene una trama montada en cuanto a la organización y distribución de los elementos de la cocina, también se organizan frente a quién, que y como preparan los alimentos, estando en la dinámica del juego, entra el agente cuidador solicitando que permitan integrar a otros niños al mismo, los anfitriones lo reciben como invitado, le ofrecen comida y permiten que entren a la cocinita, el recién llegado dice: “¡tengo hambre!, vengo de trabajar” lo dejan que destape las ollas, que pida incluso más de lo que ya se ha servido.

Después de transcurrido un tiempo, se involucran todos los niños de la fundación, desplazando a los niños que tenían el juego y proponen uno nuevo “El Restaurante”, ellos que no se oponen y ceden el espacio de juego, se involucran a la nueva propuesta como clientes con otros niños que se iban añadiendo.

Los niños aceptan integrar y transformar el juego. Además ellos entregaron el juego porque había cumplido con su objetivo, ahora podría resignificarse por otros jugadores y no perderse, los niños ocuparían otro lugar dentro del nuevo juego y no quedarían por fuera del colectivo. De esta manera, dentro del juego espontáneo “La casita” se observa cómo se abren las posibilidades para ser transformada, reinventada, tener un nuevo orden que estuviera cargado de sentido. El juego sobrevive, trasciende manteniendo como base la cocina, pero se convierte en “El Restaurante”.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Los nuevos jugadores colocaron el menú, distribuyeron funciones de cocinera, meseras y clientes, se hacían pedidos, comían lo que preparaban, luego de un tiempo entraron todos a la casita, trajeron música y siguieron comiendo.

Es pertinente aclarar que esto no es propio de todos los sujetos. Las diferentes respuestas de los jugadores, parecen ser relativas a la manera mayor o menor en la que se han visto permeados por la cultura de la sociedad, en algunas oportunidades algunos niños afrodescendientes no quisieron compartir el juego, en otras, los niños compartían todo dentro de la casita de madera, pero por fuera de ella entraban en conflicto con los otros niños por lo que consideraban como privado.

En ocasiones, dentro de la casita como lo relaté cuesta acomodarse y distribuir roles, pero algunos niños facilitan cediendo su lugar un tiempo para que el otro lo asuma por cierto momento y así, otros logran compartir sin ninguna dificultad en común acuerdo como quién se encarga y de qué; pero por fuera de la casita a veces aparece solo el individualismo, por ejemplo; discuten por la propiedad de los colores que ofrece la fundación para ser usados por el grupo de niños.

Roles de género versus roles que trascienden la diferencia sexual

En el juego “La casita” también se puede observar el sentido de lo femenino y lo masculino y como cada cultura lo ha elaborado cuando llega al encuentro de la cultura de la sociedad.

En cuanto a las ocupaciones: las niñas haciendo de señoras se ocupan de la casa y de la preparación de los alimentos, los niños haciendo de señores tocan la música y después se van a trabajar de acuerdo a su profesión, uno dice ser policía, el otro constructor, finalmente, uno queda en casa tocando el tambor.

De forma particular llama la atención ver como aparecen roles que corresponden a la cultura de la sociedad como el policía y el constructor, sin embargo; el rol de músico que esta afirmado en un lugar masculino transita entre el mundo doméstico y el de la ciudad, como haciendo las veces de un intermediario entre lo público y lo privado. Es decir, que el músico que en este caso pertenece a la cultura hogareña, participa con su música estando dentro de la casita y convocando a la cultura de la sociedad a que participe de ella, en otras ocasiones, sale de la casita con su música

involucrándose con la cultura de la sociedad. No obstante, más adelante en otro capítulo ampliaré el papel de la música en las experiencias lúdicas de los niños.

En el juego espontáneo cuando los niños y niñas deciden jugar a ser padres, se puede evidenciar en sus interacciones con aquellos que asumen como hijos, aspectos de lo que conciben como femenino y masculino de acuerdo con cada cultura. El encuentro entre culturas parece ampliar por una parte las modalidades de trabajo masculino por fuera del hogar y sin generar conflicto alguno aparece el rol del músico que no se tiene que instalar y puede transitar por los territorios femeninos y masculinos.

Ocuparse de sí versus depender del adulto cuando se es un niño pequeño

La cultura señala como debe ser la crianza de un niño, ésta ha legitimado una serie de normas y códigos que ha puesto al servicio de la comunidad para su práctica y consolidación con el ánimo de conservar su cultura a través del tiempo. Como el niño es hijo del colectivo, el padre se debate entre *el deber ser* y *el deber hacer* para concretar la educación de su hijo. El deber ser es lo que la sociedad acepta como bueno, mientras que el deber hacer es lo que el padre cree bueno para su hijo (Tenorio, 2000). Teniendo en cuenta esto, en las culturas rurales a los niños desde pequeños se les enseña a ser independientes y autónomos, no hay un adulto que se ocupe de sus necesidades, él niño es el que debe acudir al adulto u ocuparse de sí mismo, los hermanos mayores se ocupan de los menores, desde pequeños se les enseñan los oficios tanto de la casa como del campo, de esta manera, implícitamente se instaura en los niños un condición de género (Tenorio, 1993).

Cuando al juego se integran los muñecos que representan a los hijos, en cuanto a la crianza se observa poca interacción por parte de los niños afrodescendientes con los hijos (muñecos), éstos permanecen en las colchonetas y no hay alguien específico que se ocupe de ellos, además se observa en algún momento que los toman en sus brazos no es sobre su regazo o cerca al pecho, sino que los toman colocándolos de frente a ellas, al contrario de la madre mestiza que casi todo el tiempo lo tiene cargado sobre su regazo y sólo lo deja cuando va tocar el tambor o va comer. Los bebés afros están dentro de la casa y cualquiera los carga y luego, los deja en las colchonetas.

En este sentido, son evidentes las diferencias de las prácticas de crianza entre las dos culturas, hay también una apuesta colectivista, en la manera como se promueve

el estar con otros y entre otros desde la más temprana infancia, parece privilegiarse una temprana experiencia de autonomía que no se percibe en la representación que se hace de la relación madre – hijo – cultura mestiza. No obstante, dentro del juego no se evidencia conflictos por estas concepciones de la crianza desde cada cultura, por el contrario, los dos modelos integran sus diferentes prácticas sin dificultad.

Papel de la música en los espacios sociales

Otra experiencia estética que aparece de manera permanente en las propuestas lúdicas de los niños de la fundación, es la música, en todos los juegos que he presenciado la música está presente, en la fundación hay dos instrumentos: un cunuco y una tambora, los cuales son propios del pacífico colombiano, herencia de los ancestros Africanos, los tambores se usan en ambientar fiestas y rituales religiosos, también para decantar tradiciones políticas, al que ejecuta el tambor se le conoce con el nombre de Batatá, palabra muy asociada al origen del mismo (Ministerio de Educación Nacional, Atlas de culturas afrocolombianas, 2003).

La mayoría de los niños que asisten a la fundación, sus familias fueron desplazadas de la costa nariñense, norte del Cauca y Buenaventura, donde se encuentran muy arraigadas las tradiciones musicales, en la fundación los tambores particularmente son tocados por niños jugadores – estableciendo una relación estrecha entre género y rol. Dentro del juego de la casita se hace presente para animar las fiestas. De las veces que la música fue centro de atención en la fundación, en dos ocasiones, se observó un intercambio rítmico entre algunos niños, en una de ellas, a este diálogo rítmico se sumó una niña que decidió bailar.

En la primera ocasión, Pablo y Mateo – niños hijos de familias desplazadas - tomaron la tambora y el cununo respectivamente, en un inicio no hay un encuentro rítmico, cada uno toca a su gusto, ambos se encuentran en uno de los cuartos, uno frente al otro; pero no se escuchaban, ni se imitaban, simplemente cada uno tocaba libremente pero esperando los turnos, de pronto veo que Mateo cambia el ritmo y trata de seguir a Pablo, teniendo ahora la misma base rítmica, cada uno hace una propuesta, en la cual se contempla que mantienen su integridad musical, es decir, sobre una misma base rítmica que garantiza la unidad, cada uno logra construir una frase propia, dando lugar a un diálogo sobre un tema común. En la segunda ocasión, son Mateo y Juan los que están tocando, se observa que han logrado comunicarse, mientras tocan ellos se miran para entonces cambiar y turnarse el liderazgo cada uno de la propuesta

De la casita de madera a la casita del ensueño

rítmica. Luego Ana que es bailarina, danza en medio de ellos, inicialmente integrándose a la propuesta rítmica de los niños, de esta manera asume el liderazgo y como si fuese una batuta a través del ritmo de su danza, empieza a dirigir a los niños tamboreros proponiendo con su cuerpo sucesivos cambios que ellos siguen y recrean.

Es así como la música en esta ocasión viene a ser una representante de la cultura tradicional de los pueblos afro descendientes, es una expresión estética propia de la cultura hogareña; la música conserva en las prácticas lúdicas de estos niños, su objetivo expresivo y comunicativo en el interior de un colectivo que se integra fácilmente a una base rítmica común y permite desplegar la singularidad de cada individuo, sin perder ese profundo lazo de unión y orden que aporta el ritmo. La música sigue mostrando su poder de convocatoria, las posibilidades de reconocerse como parte de un grupo, al tiempo que se tiene un lugar para sí. Sin embargo en ese colectivo se ha dado una transformación sutil, pero poderosa, pues si bien son los niños hombres los que en principio se encargan de tocar los instrumentos de percusión, quién termina dirigiéndolos a través de la danza es la niña.

EL ADULTO JUGADOR COMO INSTRUMENTO DE ENCUENTRO ENTRE PRÁCTICAS CULTURALES DE LA CULTURA HOGAREÑA Y LA CULTURA DE LA SOCIEDAD.

Villalobos (2009), refiere que los niños a la hora de jugar eligen y organizan los juguetes, de tal manera que con ellos construyen y diseñan situaciones que los hacen mostrar que son “conocedores de su linaje familiar, de los valores de la cultura y de los modelos sociales a los que pertenecen” (p. 270).

El juego “La Casita” nace de manera espontánea, en la fundación existe una casita de madera, esta va haciéndose significativa para ellos en cada encuentro, los niños al llegar a la fundación hacían actividades como pintar, jugaban lotería o a la cocinita y solo cuando terminaban estas actividades casi al final de cada encuentro, la casita venía a ser un espacio para jugar.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Del juego espontáneo, donde surge La Casita, Colmenares, (1999), Villalobos, (2009) & Montes, (2000) señalaron que se hacen importantes cuando estos son simuladores de realidad, donde se convierte en una actividad creadora y transformadora de su entorno social, es así como la casa – fundación se va haciendo un lugar para existir con el juego y no solamente un lugar recreativo.

En una primera etapa asumí estrictamente el rol de observadora, pero rápidamente los niños me fueron integrando al juego, ellos poco a poco me fueron convidando a participar del juego ofreciéndome comida, pidiéndome que les ayudara a resolver algunos conflictos que se presentaban dentro del él, es así como, a partir de aquí considero que es de vital importancia consolidar el rol de jugadora a través del personaje la comadre, desde este rol pude ofrecer una experiencia de transmisión cultural de valores al tiempo que me ocupo de regular el rol que los niños de manera espontánea me han pedido como adulto.

Villalobos, (2009) manifiesta que esta comprensión debe estar a cargo del adulto que conduce a los niños nuevos sentidos de lo que hacen, de lo que experimentan, en el juego el adulto desde el momento en que surge propone para ellos también un rol, el de compadres y por consiguiente, se va dando vida a una experiencia que recrea vínculos y contextos propios a la cultura tradicional de los niños afrodescendientes, también permite el diálogo con los valores de los niños que no pertenecen a esta cultura.

El rol de la comadre

Resulta necesario comprender ¿Qué representa una comadre? y para responder a esto tomaré algunas palabras de Tenorio (2000) cuando ha mencionado que las comadres por lo general son miembros respetados de la comunidad, cercanos a la familia, mejor si cuentan con estabilidad económica para que ante alguna necesidad tenga la posibilidad de brindarle apoyo a los padres del ahijado. En consideración a lo anterior, la comadre tiene un rol preponderante en algunas culturas, no sólo por sus funciones sociales sino por las responsabilidades ante el nuevo parentesco.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Para ser comadre yo como adulto jugador, debí ubicarme en el espacio y tiempo que exige la cultura, para hacerlo posible debí instruirme acerca de las prácticas culturales afrodescendientes, a través de una serie de entrevistas a mujeres adultas mayores, las entrevistas permitieron conocer las prácticas de crianza de los niños en las áreas rurales, los juegos, los cantos y tradiciones entorno a las celebraciones relativas el nacimiento y la muerte, también otro aspecto importante al que me aproximé, es el rol de la mujer en la comunidad, de esta manera, en la medida que voy adquiriendo este conocimiento es más fácil asumir la investidura de comadre. Lo anterior es necesario como dirá Montes (2001) acerca del rol de agente educativo que debe ensanchar su frontera para ayudar a ensanchar la de los otros. En esta vía se presenta Villalobos, (2009) aunque se refiere al maestro como jugador señala que éste debe “ser sensible a las expresiones del niño, también debe reconocer y comprender las expresiones culturales, particularmente los mitos y los ritos, así como las reglas y el sentido del orden social” (p. 274).

De esta manera, la comadre liga e integra a los niños con su memoria cultural, a través de la celebración de Adoración al niño Dios; allí invite a que cada uno asumiera el rol de compadres y comadres y tuviera la opción de ser anfitrión, esto abrió la puerta para que cada uno representara con el rol su cultura, la hogareña o de la sociedad, adicional a eso, con la comadre Jacinta posibilite el encuentro entre dos generaciones, los adultos mayores y los niños que hacen las veces de compadres dentro del juego. Es así como un juego que de manera espontánea surge al ir dándole vida a una casita de madera, que inaugura experiencias de encuentro con los demás niños y otras generaciones de la fundación, a través de la hospitalidad que ofrece el juego en algunas ocasiones, por otro lado, la comunión alrededor del ritmo de la música va albergando cada día a más personas, va expandiendo sus límites, y así va recreando la vida cotidiana de la fundación.

Por su parte, los compadres y comadres hacen de la adoración una fiesta, que trae consigo música, baile, cantos y comida. Hay entonces que señalar que estos elementos así como la representación de la familia, las prácticas de crianza, de convivencia y el trabajo cooperativo que se habían recreado en otras ocasiones, también hacen parte de la memoria cultural, pues en el juego de las adoraciones se observa integrarlas.

De la casita de madera a la casita del ensueño

De esta manera, la casita en sí misma no era juego, era solo objeto, fue necesario animarla, darle vida y significarla con la experiencia de los sujetos jugadores, es importante que el espacio de juego, sea un espacio de confianza donde el niño en este caso se sienta cómodo, es necesario que el adulto sea receptivo a los requerimientos del juego y sus jugadores. Petit (2008) señala la importancia de la hospitalidad con la que se recibe al niño, sea cual fuere la ocupación que desempeña el adulto, el niño debe sentirse escuchado y atendido, el adulto deberá entender su subjetividad, respetar su individualidad y tratar de entablar relaciones cercanas con los sujetos para ayudarles a resolver sus crisis y dificultades.

En este caso el adulto en su rol de jugador no debe ser aquel que designa una consigna, al contrario cuando se involucra en el juego como lo hice a través de la comadre, quedará en la misma posición que los jugadores, no obstante, el adulto es quién inserta elementos de la cultura como la navidad y, posibilita encuentro entre culturas a través de sugerir que hubiera anfitrionas, las cuales, algunas de ellas pertenecen a la cultura hogareña y otras a la cultura de la sociedad, para finalmente integrar personas de la tercera edad con los niños.

Como todos son compadres y comadres a través de los personajes interactúan para descubrir el enigma que deviene con el juego “La casita”, el juego no tiene libreto, no se escritura de alguna manera, sino que a medida que se juega se revelan nuevas maneras de jugar. En cada encuentro del juego “La casita” toma una nueva forma, se colorea y moldea de múltiples maneras, unas veces se inicia con unos jugadores ya sea niños o niñas, otras veces se da vida a través de la cocinita o la música. El adulto aquí navega junto con los otros jugadores por la frontera indómita del juego, no para dominarlo sino para irlo conquistando, hasta finalmente ser inmortalizado, esto se reconoce cuando en el tiempo aun después de haber terminado esta investigación los niños siguen jugando a la casita.

Es entonces que para poder concretar la etapa de intervención y estando a vísperas de Navidad, se indaga a los niños por las formas como celebran con sus familias, de esta manera; estableco una propuesta que contengan parte de los relatos de

De la casita de madera a la casita del ensueño

los niños, referentes a la música, la decoración y la cena, así como parte de un ritual de navidad celebrado en el Norte del Cauca; lugar de donde es procedente la comadre representada por Jacinta. En esa oportunidad cada una de las niñas jugadoras en esta nueva etapa debía de ser anfitriona, convocar a otros a participar y organizar la fiesta con la ayuda de todos, los niños compadres ayudaron con la organización pero particularmente fueron los encargados de amenizar la fiesta con la música.

Adoraciones al niño Dios

Después de realizar los acuerdos con respecto al juego, como qué persona y en qué día tendría la posibilidad de ser anfitriona, se enfatizó en el respeto y en la comunicación asertiva, se dejó claro que no habría golpes o empujones; después de eso dí a conocer a los sujetos jugadores el origen de la comadre Jacinta. De esta manera la presentación de la comadre se dio:

Queridos compadres y comadres como saben yo soy la comadre Jacinta y vengo de Toribio que queda en el Norte de Cauca, allá en mi pueblo, la navidad la celebramos entre todos los vecinos y amigos, cada uno tiene la oportunidad de ser anfitrión, a la primera casa que vamos, allá se encuentra el niño, pero de repente el niño se lo roban (...) sí, hay un apagón de la luz y el niño desaparece, por eso iremos de casa en casa buscándolo hasta encontrarlo. Entonces como ya estamos a vísperas de la Navidad, ya es el tiempo para que nos preparemos para recibir al niño.

Robarse el niño versus esperar su llegada

En esta celebración el niño es robado. En la cultura occidental el niño es esperado en el seno de cada familia, ésta anhela su llegada y se prepara para recibirlo, mientras que el niño Dios trae presentes a los miembros de la familia. Como vemos en general comparte generalidades con la cultura rural, en cuanto a que hay decoración y cena navideña, pero la diferencia se marca en que esta celebración, es a puerta cerrada y solo se efectúa con las personas de la familia. Para la cultura rural la celebración es abierta, porque se comparte en comunidad. Sin embargo, es curioso que el niño sufra una especie de secuestro, el niño ya está presente y es él precisamente quién convoca a la reunión de la celebración de su nacimiento, pero con su robo, obliga a la comunidad a movilizarse hacia el encuentro con los otros con el pretexto de buscar al niño.

Esta celebración privilegia la vivencia colectiva, obliga de cierta manera en ese encuentro, a la hospitalidad que cada anfitrión miembro de la comunidad ofrece desde sus casas. Al contrario, de la cultura de la sociedad donde el niño viene a los hogares, con presentes. Es entonces novedoso que dentro de la celebración, a los compadres y comadres no les parezca extraño que el niño Dios sea robado, ninguno pregunta por él, pareciera que en ellos se privilegia el festejo, la música y la comida por encima de la búsqueda del niño.

Invitados que asumen las funciones de los anfitriones versus anfitriones que se diferencian de sus invitados.

Lo importante de esta nueva etapa es que cada uno de los jugadores pudo ser anfitrión en la casita por un día, cada uno pudo dirigir la celebración poniendo en práctica elementos propios de su cultura. Por ejemplo, cuando Ana abre las puertas de su casa y deja que sus invitados participen de la celebración tomando iniciativas, generando ideas y organizando sin restricción, mientras que Martha, prefiere que la ayuden pero direcciona lo que desea que hagan los invitados. Es allí donde se pudieron observar en las representaciones de comadres y compadres, las prácticas que les resultaba significativas al momento de jugar a la celebración de la navidad. Ya he venido hablando que dentro del juego se ponen en evidencia dos tipos de culturas la hogareña y de la sociedad. La hogareña: cultura a la que pertenecen los compadres Ana, María, David y Judá; y la de la sociedad: cultura a la cual hacen parte Martha y Rebeca, en el caso de Ruth su familia proviene de un contexto rural, pero ella nació en un contexto urbano. Aparecen diferentes modelos culturales que entran en conflicto con facilidad cuando se pone de manifiesto prácticas que comprometen sus modos de relación, en ese sentido, la cultura hogareña muestra elementos colectivistas que reflejan naturalidad para entrar en ese orden en el que no hay liderazgos predeterminados, de la sociedad por el contrario, cultura en la que se encuentra Martha está más bajo el influjo de un modelo individualista, y por lo tanto puede poner su interés por encima del interés del grupo.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Invitación de la cocina para adentro versus invitación de la cocina para afuera

Dando continuidad a los momentos de la navidad, la comadre Ana, le da la prioridad a la cena permitiendo que las comadres Martha y Ruth cocinen, se desplacen en su casa como quieran y distribuyan los elementos de la cocina a su manera, ella y la comadre Jacinta – rol que desempeña el adulto jugador - arreglan los alrededores de la casita, colocando mesas, convocando a los músicos y decorando la fiesta, los compadres David y Judá se integran a la fiesta trayendo los tambores, animando la fiesta con música. Algo muy diferente pasa con la comadre Martha que empieza rompiendo con algunos acuerdos, ella decide ser la anfitriona cuando no era su turno, Ruth decide generosamente cederle el espacio.

El papel que desempeña el adulto jugador en la intervención es el de mediador, adulto jugador y niño jugador comparten el mismo escenario, lo que puede llegar a diferenciarlos es que el adulto jugador propone un contexto cultural donde a lo largo del juego va ofreciendo elementos para enriquecerlo con los roles de compadres y comadres que cada uno asumió, esto por supuesto, dentro del marco de la celebración de las Adoraciones al niño Dios. Para que un niño acceda a una simbolización en un juego, y dote de nuevos sentidos a su realidad toma como referente a un adulto, pues el adulto representa la cultura y es el encargado de transmitirla (Villalobos, 2009).

La anfitriona que impone un orden versus la anfitriona que construye un orden con los invitados

Siguiendo con la comadre Martha, ella no permite que le colaboren mucho. Dentro de la casita de madera hace una separación simbólica entre la cocinita y la puerta de entrada, solo permite que las otras comadres le colaborem trayendo los implementos, pero ella decide como organizarlos, se molesta cuando alguien toma algo sin su consentimiento, señalándonos siempre que no tomemos nada y que dejemos todo en el lugar donde ella lo acomodo.

Esto evidencia la manera como Martha establece una propiedad sobre los implementos, así como presenta dificultades para construir con los otros jugadores una relación en torno al juego.

El juego se torna repetitivo y molesto para algunos, ocasiona que los compadres y comadres abandonen la casita. Cuando la comadre Jacinta indaga por lo que ha sucedido, las comadre Ana contesta: “allá no se puede jugar,

De la casita de madera a la casita del ensueño

Martha siempre está gritando” y la comadre Ruth dice: “Martha sólo quiere que hagamos lo que ella dice y no se deja ayudar”.

Esto refleja como los niños se niegan a entrar en el orden impuesto, destacando que para ellos el juego es una experiencia colaborativa, donde se deriva que nadie puede estar por encima de los otros y que la solidaridad supone ayudar y permitir ser ayudado.

La comida del colectivo versus la porción individual

En otro momento, cuando la comadre Jacinta es la anfitriona y lleva una torta para compartir, solicita a Martha, Rebeca, Ruth y María que la repartan, se generan dificultades cuando algunos niños quieren repetir y Martha y Rebeca contesta con frases como: “eh! ustedes son muy muertas de hambre, van a dejar a la profe sin comer”, en fin, todo se resuelve cuando la comadre Jacinta decide ofrecerles a todos repartiendo en partes iguales lo que había quedado, incluso a Martha y Rebeca.

Aquí se evidencia que ellos se encuentran en una celebración en la que resulta natural querer más de un plato, ella está en una situación de la vida cotidiana en la que repetir es quitar al otro. La solución al conflicto surge de la comadre Jacinta – representante de la cultura hogareña – quién independiente de sí ha comido o no, reparte equitativamente, es decir que recupera los valores de la celebración, en los que se privilegia la generosidad del anfitrión en pos de la satisfacción del invitado.

A pesar de las desavenencias que se presentan dentro de la celebración, también se presencia en ellas y en otras situaciones la manera como emergen sus valores y prácticas culturales además de que hacen la diferencia entre una cultura y otra, pues por un momento la celebración dentro de la casita se abre a un espacio público tomado toda la casa – fundación – y, en otros momentos es solo privada. Lo anterior tiene lugar cuando en algunas ocasiones la celebración y otras experiencias dentro del juego tuvieron lugar en otros espacios dentro de la fundación.

Una ocasión, mientras se preparaba la fiesta de navidad dentro de la casita, otros niños que no estaban jugando estaban tocando los tambores en el patio de la fundación, en ese momento la celebración se traslada a ese lugar, y es privada, cuando dentro de ella no se comparte con otros niños.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Sin embargo, no hay solo desacuerdos, la celebración posibilita espacios de reconciliación.

Hay que señalar que Ana y Martha no habían tenido buena relación, Martha la había rechazado continuamente y había propiciado que otros niños también lo hicieran, pero cuando Ana es anfitriona, recibe a las comadres y compadres con hospitalidad, terminada la preparación de la comida, Ana nos pide que nos sentemos juntos para cenar y después de esto podríamos recoger todo para comenzar a bailar, cuando finaliza la celebración, Ana se iba y Martha le reclama porque no se ha despedido, Ana regresa se disculpa y se despide con un abrazo y un beso en la mejilla.

Lo anterior es un bello ejemplo de la manera como la cultura de la sociedad se va permeando de los valores de la cultura hogareña, bajo las condiciones de Ana, Marta vivencia otra manera de relacionarse con los otros, esa experiencia de hospitalidad parece ser significativa a tal punto que quiere ser reconocida por la comadre Ana.

La comadre Ana genera tanto impacto en las otras comadres, que cuando le toca convocar a la celebración a la comadre Ruth, llega antes que todos, asea la casita de madera, invita a los que van llegando y les pide que le colaboren con la organización, María, Juana y el compadre Judá le ayudan a traer las ollitas y colocar colchonetas. El compadre David y la comadre Jacinta fueron a lavar los platos. Hay que señalar que Ruth proviene de una familia de Barbacoa Nariño, que no son desplazados y, finalmente Ana que procede de Mosquera Nariño no volvió a la fundación y nunca supimos porque no regresó. Ruth, se sentía confundida dado que sus ilusiones estaban puestas en que cuando ella fuera la anfitriona, la celebración hubiese sido como la de la comadre Ana, con cena, música y baile, al final Ruth que se encontraba triste porque su comadre no había asistido dijo: “es que sin Ana la celebración no es lo mismo, hace falta la comadre..”.

El impacto de Ana, como ya se dijo permea los valores de la cultura de la sociedad, al tiempo que resulta necesaria para afianzar los valores de la cultura hogareña.

En la casita de la comadre Ruth, después de que todos colaboramos para organizarla, ella pide traer los tambores para amenizar la fiesta, pero los tambores los tienen en el patio de la fundación otros niños que están tocando. Entonces la comadre Jacinta propone desplazarse hasta el patio y continuar la fiesta allá, los compadres y comadres aceptaron, cerramos la casita y nos trasladamos a ese lugar, integrando a los otros niños dentro de la fiesta tocando, cantando y bailando.

En el momento que le toca a la Comadre Jacinta, como todas las otras veces se organiza la casita, pero esta vez se cambia de posición, como siempre había estado contra la pared, las comadres María y Ruth consideraron girarla para quedar habilitada la parte de atrás y está sería la entrada.

LA CELEBRACIÓN EN COMUNIDAD COMO EXPERIENCIA DE ENCUENTRO ENTRE LAS PRÁCTICAS HOGAREÑAS Y LAS PRÁCTICAS CULTURALES DE LA SOCIEDAD

La comadre como ya lo mencioné también integra dos generaciones, invita a unos compadres adultos mayores que pertenecen a la fundación, - para inscribir los adultos en el juego hubo que situarlos como compadres y comadres, es de este modo que se pudo asegurar la naturaleza simbólica de este encuentro, así no se vería como una presentación de adultos mayores, pues finalmente era la celebración de la navidad en el pueblo – *en esta ocasión, los compadres tocan instrumentos como el cununo y la tambora, mientras las comadres cantan bundés y alabaos del litoral pacífico.*

Los adultos mayores son los que conservan las tradiciones, tienen un saber cultural que desean transmitir. Para que los niños jugadores se identifiquen con ellos y se sientan en confianza fue imperativo introducirlos en el juego, de esta manera se logra que los adultos mayores asuman el rol de compadres y comadres y así se asegura la naturaleza simbólica del encuentro.

Cuando llegan los músicos, los presento como compadres y comadres y les solicito a cada uno que se presente diciendo el nombre y de donde proviene (previamente los adultos habían sido informados del juego).

- *Yo soy José, vengo de Satinga (Nariño), toco la marimba, la tambora, el cununo, yo mismo hago los instrumentos – yo soy Abelardo, toco la tambora y el cununo, vengo de Mosquera (Nariño) – yo soy Josefina vengo de Barbacoas (Nariño), soy cantaora, canto bundes y jugas – yo soy Carmenza también soy cantaora y vengo de Barbacoas (Nariño) – yo soy Claudia pertenezco al grupo de danza y al coro, vengo de Satinga (Nariño).*
-

La particularidades de cada sujeto que ha sido invitado hace que el niño jugador se inscriba en un marco cultural, que no le sea indiferente, por el contrario, comparte algunas particularidades porque han sido heredadas de sus abuelos y padres. El lugar de

origen, la música y el aspecto físico de los adultos mayores no les son extraños, dado que como ya lo he mencionado muchos de estos niños son de cultura afrodescendiente, sus familias provienen en su mayoría del Nariño y muchos comparten el gusto por la música tradicional del pacífico colombiano.

Una vez se presentan los viejos, yo haciendo las veces de comadre presento a las comadres María, Juana, Rebeca, Martha y Ruth, y al compadre David. Los otros niños de la casa se van integrando, se les pide a los adultos que si pueden cantar algo de Adoraciones al niño Dios, los niños han traído sus instrumentos y a las niñas se les pasa el Guasa. Los adultos mayores empiezan a cantar bundes, alabaos y jugas con temas referentes al nacimiento del niño. Una de las comadres, Josefina, que es la que hace la voz principal, canta y da espacio para que los compañeros canten, pero además invita a los niños a repetir, vuelve y canta dando espacio a que los niños se la aprendan, los niños intentan seguirles con instrumentos y con los cantos que interpreta, pero se les dificulta entenderles, así que solo tocan los instrumentos.

Como ya se conoce que la comadre Claudia danza, se pide que cante otra canción y que les enseñe a bailar a los niños que quieran participar, la comadre Ruth dijo que ella quería aprender y la comadre Claudia accede, los músicos entonces cantaron de nuevo y la comadre le da unas pequeñas instrucciones de cómo mover los pies, hacia adelante y hacia atrás, siguiendo el ritmo de la música, aunque con algo de dificultad la comadre Ruth logra seguirle el ritmo. La comadre María dice que ella también quiere aprender y la comadre Claudia ahora acompañada de la comadre Ruth le enseñan, los músicos nuevamente tocan y ellas tres danzan al ritmo de la música.

Los adultos mayores participan del juego como compadres y comadres esto hace que el juego simbólico tome fuerza, dado que los participantes nuevos aportan con su voz una memoria que en este escenario puede ser recreada, los adultos mayores invitan a los niños a reencontrarse con la memoria cultural de sus abuelos, de sus ancestros, los niños se disponen aprender, a descubrir tradiciones propias de su cultura de referencia, que ya no les resulta cercanas ni conocidas.

Todos cantan, todos bailan

Para otros niños que son participes de la cultura de la sociedad estas prácticas se presentan como nuevas, pues no son tradiciones propias de su cultura, sin embargo no tienen dificultad en entrar en diálogo con ella, por el contrario, se permite hacer sus propias propuestas desde sus saberes y también son aceptados y acompañados por los adultos mayores, hay un intercambio de saber, de tradición. La cultura de la sociedad y la cultura hogareña se pone en diálogo, se encuentran y se acompañan una a la otra. En un solo momento se integró el pasado, el presente y el futuro. El pasado porque se

reinviene en la memoria y se trae al presente como recuerdo, se manifiesta en este caso en las alabaos, bundés, las jugas que se tocaron y danzaron ese día, vienen de tiempo atrás pero aún se reviven en el presente y, en el futuro, porque se espera que aquellos niños y otros como ellos la conserven en un futuro, la reproduzcan (Barcena & Mélich 2000).

El encuentro armonioso de Villancicos, jugas, alabaos y bundes. Yo te doy mis cantos y recibo los tuyos.

Después de que termina de danzar a la comadre María (niña de la fundación) propone cantar villancicos, los adultos mayores dijeron que cuales se sabían, afortunadamente la comadre Claudia (adulto mayor) había traído una librito donde estaban escritos algunos villancicos, la comadre María, Ruth y Martha (niñas) toman el librito y junto con la comadre Claudia cantan los villancicos seguidos de los otros compadres, comadres e invitados que sí se los sabían. Los músicos que tocaban la tambora y el cununo improvisaban para seguir el ritmo de la canción que entonaban las comadres, se cantaron tres villancicos: el burrito sabanero, tutaina, campana sobre campana; y con esto los compadres, comadres e invitados se despiden de abrazo y de beso, algunos aconsejándoles que se aprendan los bundes y alabaos para que puedan seguir cantando, los anfitriones también se despiden dándoles las gracias.

Acontece aquí un nuevo encuentro, es una cultura tradicional, representada por las personas mayores, que integra la propuesta de los niños, ahora portadores de una vivencia contemporánea de la navidad, más global pero tejida a sus raíces gracias al ritmo del cununo y la tambora.

CONCLUSIONES

Considerando que el conflicto armado es una experiencia que ha afectado a nuestro país durante décadas, que ha dejado secuelas a nivel social y cultural debido a las transformaciones que sufren los pueblos cuando tienen que enfrentarse a fenómenos como el desplazamiento; se hace necesario antes de formular estrategias de intervención, en el trabajo con personas que han vivido este fenómeno, reconocer los recursos que cada grupo cultural porta y de este modo construir con ellos las respuestas a las vicisitudes. El desplazamiento del lugar de origen no puede desplazar a las personas de la responsabilidad y libertad de construir arraigo, y esta experiencia va

profundamente ligada a los recursos simbólicos con los que cuentan los pueblos, entre ellos estaría en un lugar privilegiado el juego.

En este sentido, investigaciones como esta permiten reconocer los recursos psicológicos que portan los sujetos y que han sido heredados a través de la transmisión cultural de generación en generación, es el juego simbólico un portador de este valioso legado. Los hijos de familias en situación de desplazamiento enfrentan desafíos en el juego, al encontrarse con otros marcos culturales, sin embargo, el juego en sí mismo y es más, la casita como elemento simbólico es escenario para negociar, y no verse excluido del juego y mucho menos de la casa. Aquí cada niño representante de su cultura, ya se la de la sociedad u hogareña, intenta mantener una parte de su cultura en el juego, sin someterse de lleno al otro, para no perder su existencia dentro del juego y de este modo se inaugura la posibilidad de perderla en el interior de su comunidad.

A partir del juego es posible develar las situaciones a las que se enfrentan las familias que han vivido el desplazamiento a través del juego simbólico que ofrecen estos niños. Las relaciones en un inicio se encuentran en tensión, cada uno hace su propuesta dentro del juego y se les dificulta entrar en diálogo con los otros, corriendo el riesgo de que pueda perderse el juego y se rompa la posibilidad de relación. De esta manera, es necesaria la intervención del adulto como jugador, quién ofrece una nueva propuesta que permite la permanencia del juego, y procura mantener la identidad cultural de los sujetos jugadores procurando el enriquecimiento a partir de la diferencia.

El adulto como jugador media dentro del juego la casita, los desencuentros que surgen, introduciendo al juego la celebración de adoración al niño Dios. Esta celebración ofrece soluciones a los desencuentros en la medida que surgen las propuestas de los niños. En este sentido, el juego espontáneo y la intervención del adulto jugador aceptada por los niños abren las puertas para guiar un proceso que dialoga con la cultura, aquella que corría el riesgo de invisibilizarse debido al desplazamiento. El adulto jugador que representa un papel propio a la cultura afrodescendiente, le ofrece a los niños roles enmarcados en situaciones que los ponen en diálogo con su tradición y son escenarios en los que se desenvuelve el conflicto

resultante del encuentro entre culturas que acontece en la ciudad, que los niños habitan. Los compadres y comadres propuestos por el adulto jugador a los niños, son asumidos en su singularidad, pues cada uno despliega su forma de ser y asume la vida en el interior de la propuesta, pero a su vez ese mismo rol les dá pertenencia a un grupo que tiene una historia y que los niños reactualizan y resignifican al jugar.

Es así como dentro de este escenario, los niños lograron generar nuevos encuentros no solo con la cultura de la sociedad, sino con sus prácticas ancestrales, a través de la celebración que es una oportunidad de integración, de reconciliación, de trabajo cooperativo y de un compromiso que perdura en el tiempo para casi todas las culturas, esta celebración sirvió de intermediaria para unificar nuestras formas de festejar.

Por otra parte la música es de un valor esencial pues logra en el interior de las celebraciones y en la vida cotidiana de los niños convocar y unir. En su papel de convocatoria, las culturas de la sociedad y hogareña, adultos mayores y chicos, hombres y mujeres, siempre acudieron a su invitación y enriquecieron sus vínculos. En el interior del juego y la celebración de las adoraciones al niño Dios, la música y la cocina fueron aspectos transversales al juego dentro o fuera de la casa y abrieron la posibilidad, para el encuentro.

Frente a los desafíos que enfrentan actualmente las diferentes entidades encargadas de atender a las personas que han vivido el desplazamiento y en una búsqueda igualitaria para el restablecimiento de sus derechos, pero más específicamente para el ámbito que nos compete desde la psicología que enfrenta el reto de poder acompañar a las personas que han vivido estas circunstancias, a resignificar estos hechos traumáticos; esta investigación ofrece a través de herramientas lúdico estéticas como el juego simbólico la casita, una herramienta para comprender el encuentro de culturas que acontece producto del desplazamiento, por otra parte, se convierte en una estrategia de intervención que permite en diálogo con los referentes culturales de los niños, elaborar y desplegar recursos que permiten elaborar el conflicto que produce el desencuentro cultural.

De la casita de madera a la casita del ensueño

Con el acompañamiento del adulto jugador, embebido de la cultura de referencia de los niños, resulta posible construir un escenario en el que dos generaciones se integran y en el que niños provenientes de diferentes culturas elaboran los recursos que les permitirán celebrar la diferencia. Una propuesta de esta naturaleza, revela la riqueza cultural de nuestros pueblos y su poder transformador frente a las circunstancias adversas, también lleva la mirada al ejercicio juicioso y respetuoso de una psicología que se libera de las intervenciones predeterminadas y apuesta por intervenciones que parten del reconocimiento de otro, otro por descubrir, otro que porta un saber profundo que corre el riesgo de pasar desapercibido como recurso de intervención que permite enfrentar padecimientos producto del desplazamiento.

Lo valioso de esta estrategia de intervención es que trasciende el juego de la casita, y se amplía a la fundación. Es así como la vida de la fundación gracias a estos niños jugadores, se integra a la experiencia lúdica de manera natural. Ahora la casita del ensueño, hecha del sutil tejido que hila la memoria y el presente de los niños, puede albergarlos a todos.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Fundación Paz y Bien que generosamente posibilitó y abrió el espacio en el cual se tuvo acceso a la población con la cual se efectuó esta investigación. La Fundación Paz y Bien es una organización de base constituida hace más de 25 años y lidera en la ciudad de Cali y otras ciudades del departamento del Valle, programas de atención dirigidos a población vulnerable, entre ellos programas a población en situación de desplazamiento forzado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bachelard, G. (2000). Casa y Universo. En G. Bachelard, *La poetica del espacio* (págs. 53 -79). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bello, M. N. (2000). Las Familias Desplazadas por la Violencia: un tránsito abrupto del campo a la ciudad. *Revista del Departamneto de Trabajo Social*(2), 112 - 119.
- Bello, M. N., Mantilla, L., Mosquera, C., & Camelo, E. (2000). *Relatos de la violencia: impactos del desplazamiento forzado en la niñez y la juventud*. Bogotá: Unilibros.
- Carrillo, J., & Andrade, O. (Dirección). (2010). *Pequeñas Voces* [Película].
- Castellanos, G., Grueso, I., & Rodríguez, M. (2010). *Identidad, cultura y política: perspectivas conceptuales, miradas empíricas*. Cali.
- Castillo, O. I. (2005). Poblaciones en situaciones de desplazamiento en Colombia: una revisitón de las cifras del sistema de información. *Cuadernos de desarrollo rural*, 55, 29 - 50.
- Chuchumbé, N., & Vargas, J. C. (Enero - Junio de 2008). Reflexiones sobre el sentido y génesis del desplazamiento forzado en Colombia. *Universitas Humanisticas*(65), 173 - 196.
- Colmenares, M. E. (1999). El jugador, construcción identitaria del sujeto y valores de su rol como agente cultural. En M. E. Colmenares, *Del colombiano valiente y aguerrido al colombiano de la violencia y la barbarie*. Cali: CEIC - Rafué.
- Consultoria para los Derechos Humanos y el Desplazamiento, (2013). *Grupos posdesmovilización y desplazamiento forzado en Colombia: una aproximación cuantitativa*. Recuperado el 09 de 07 de 2014, de CODHES: http://www.codhes.org/images/Articulos/GPD_y_desplazamiento_forzado_en_Colombia.pdf.
- Duque, N. H., & Gordon, D. (2012). *Identidad e imagenes Sabaletas, un pueblo con memoria*. Santiago de Cali, Valle, Colombia: Equilibrio Gráfico Editorial Ltda.
- González, L. H., & Moreno, M. (2012). Población infantil en situación de desplazamiento forzado y sus manifestaciones de ciudadanía. *Revista Paz y conflictos*(5), 120 - 138.

- Greenfield, P. (1999). Cambio cultural y desarrollo humano. *New Direction for Childs and Adolescent Development*(83), 20.
- Greenfield, P., & Suzuki, L. (1998). Cultura y Desarrollo humano: implicaciones parentales , educativas, pediátricas y de salud mental. En E. Siegel, & K. Renninger, *Handbook of Child Psychology* (5 ed., Vol. 1, pág. 87). New York: Wiley.
- Ministerio del Interior y Justicia. *Ley 387 (1997)* Bogotá, DC. Recuperado en: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=340>
- Ministerio del Interior y de Justicia. *Ley de Víctimas y Sustitución de Tierras. Ley 1448*, (2011) Bogotá, DC. Colombia. Imprenta Nacional de Colombia. Recuperado en: <http://www.leydevictimas.gov.co/documents/10179/19132/completo.pdf>.
- Molano, O. I. (2008). Identidad cultural un concepto que evoluciona. *Opera*(7), 69 - 84.
- Montemaría audiovisual. (12 de 02 de 2012). *Museo itinerante de la memoria un proyecto de alto vuelo*. Recuperado el 29 de Agosto de 2013, de <http://montemariaaudiovisual.wordpress.com/2012/02/12/el-museo-itinerante-de-la-memoria-de-los-montes-de-maria-un-proyecto-de-alto-vuelo/#comments>.
- Moisés, A. (2004). Complejos culturales de Mesoamérica. *Científica*, 5, 85 - 96.
- Molano, O. I. (2008). Identidad cultural un concepto que evoluciona. *Opera*(7), 69 - 84.
- Montes, G. (2000). De la Consigna al enigma (o cómo ganar espacio). *Educación y biblioteca*, 58 - 112.
- Montes, G. (2001). *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Múnera, A. (2010). *Manuel Zapata Olivella, por los senderos de sus ancestros* (Vol. XVIII). Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Obando, O., Villalobos, M. E., & Arango, S. (31 de Octubre de 2010). Resiliencia en niños con experiencia de abandono. *Acta colombiana de psicología*, 13(2), 149 -159.
- Orozco, M., Ochoa, S., & Sanchez, H. (1996). *Prácticas Culturales para la educación de la niñez*. Santiago de Cali: Panamericana formas e impresos S.A.
- Portes de Roux, H. (2009). *Para la gloria niñoito. Jugas, bundes y salves en la tradición afrocaucana*. (primera ed.). Cali, Colombia: Universidad del Valle.
- Rapoport, A. (1969). *House form and culture*. Milwaukee.

De la casita de madera a la casita del ensueño

- Tenorio, M. C. (1993). Psicología cultural en el bajo San Juan. *Universidad del Valle*, 5, 60 - 77.
- Tenorio, M. C. (2000). Para que servían (sirven) las prácticas y pautas de crianza tradicionales. *Ministerio de Educación y la OEA*, 18.
- Villalobos, M. E. (2009). El rol del maestro frente a la construcción del juego simbólico en los niños. *Diversitas. Perspectiva psicológica*, 5(2), 269 - 282.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (2008). *Deprivación y Delincuencia* (Primera ed.). Buenos Aires, Argentina: Paidós.